

infiera que en sola la religion cristiana está el conocimiento de la verdadera fe dado por Dios, pues en sola ella ha habido tan gran número de buenos y amigos de Dios.

## CAPITULO IV.

De la segunda excelencia de la religion cristiana, que es sentir altamente de Dios.

La primera y mas principal cosa que ha de tener la verdadera religion, es sentir alta y magníficamente de la majestad de Dios, atribuyéndole todo aquello que pertenece á la omnipotencia y gloria de su divinidad, no quitándole cosa que le pertenezca. Porque quitarle algo de lo que le pertenece, ó atribuirle algo que no le convenga, es blasfemia: que es un gravísimo pecado, porque no es injuria hecha contra los hombres, sino contra la persona y honra de Dios. Pues cuanto á este punto, ninguna cosa se puede atribuir mas á Dios de lo que la religion cristiana le atribuye. Porque confiesa ser él una cosa tan grande, que ninguna se puede pensar mayor. Confiesa que es infinito, inmenso, incomprehensible, inefable, sin principio, sin fin, sin pender de nadie sino de sí solo: como quiera que todas las cosas estén como colgadas y pendientes dél. Ca él solo tiene ser por sí mismo, sin dependencia de nadie; mas todas las otras criaturas, así del cielo como de la tierra, lo tienen por él. Y si él no quiere que sean, no serán.

Confiesa tambien nuestra santísima religion que este omnipotente Señor con sola su palabra crió de nada esta tan grande máquina del mundo, así las cosas visibles como las invisibles; y que por su providencia, sin trabajo y sin cansancio la gobierna. Confiesa ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, misericordioso, amigo y galardador de los buenos, y justísimo castigador de los malos. Confiesa ser él acto puro: significando por este nombre que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, y que para él no hay cosa nueva ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Y así como para él no hay cosa nueva, así tampoco la hay imposible; pues, como dijo el Profeta (a), todo lo que quiso el Señor hizo, así en el cielo como en la tierra y en todos los abismos. Por lo cual un insigne teólogo decia, que llegando la disputa á tratar del poder de Dios, no queria pasar adelante, porque sabia que ninguna cosa habia imposible á su omnipotencia. Lo cual sirve grandemente para creer los misterios de nuestra fe, aunque sobrepuyen toda la facultad de la naturaleza criada; pues, como dijo el Angel á la Virgen (b), no hay á Dios cosa imposible.

Confiesa otrosí ser él la primera verdad, de donde proceden todas las otras verdades; y la primera causa que influye virtud, y mueve todas las otras causas; y la primera bondad de donde tiene origen todo lo que es bueno; y la primera hermosura de donde procedieron todas las cosas hermosas; y la primera y summa perfeccion de donde tuvieron principio todas las otras perfecciones de sus criaturas, las cuales todas están en solo él por muy mas alta manera, con otras infinitas que son propias suyas. El es el que hinche los cielos y la tierra: el que está en todo lugar presente: el que está mas dentro de todas las cosas que ellas dentro de sí mismas, conservándolas en el ser que tienen: él es el que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre,

(a) Psalm. 134. (b) Luc. 1.

y á quien están presentes todos los corazones y pensamientos de todos los hombres que son, fueron y serán. Porque, como dice el Eclesiástico (c), su vista alcanza del primer siglo hasta el postrero, y en sus ojos ninguna cosa hay nueva ni admirable.

Mas entre todas estas perfecciones (las cuales en él todas son iguales, porque todas son una simplicísima y infinita perfeccion) de la que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas conocido y alabado, es la bondad y sanctidad: la cual perpetuamente alaban y glorifican todos los espíritus soberanos; la cual es el primer principio de todas sus obras, y á la cual pertenece comunicarse á todas sus criaturas, y dar parte de sí á todas, á cada una en su grado, como dice Sant Dionisio. De modo que así como es proprio del sol alumbrar, y del fuego calentar, y del agua enfriar, así y mucho mas es proprio de aquella incomprehensible bondad hacer bien, y comunicarse á todas las cosas, sin perder él nada de lo que tiene; y de aquí procede la magnificencia de su liberalidad. Porque los hombres suelen ser escasos porque pierden lo que dan; mas aquel infinito abismo de riquezas no pierde nada de lo que da. Por donde así como la consideracion de su omnipotencia sirve para confirmarnos en la fe (como dijimos), así la desta bondad para encender nuestra caridad y esforzar nuestra esperanza.

Todas estas grandezas y perfecciones confiesa Sant Augustin hablando con Dios en esta manera (d): Misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable y incomprehensible, inmovible y que muda todas las cosas, nunca nuevo y nunca viejo, siempre obrando y siempre quieto; recoges y no tienes necesidad, buscas todas las cosas sin que te falte nada, amas y no te congojas, tienes celos y estás seguro, tienes pesar y no tienes dolor, estás airado, y con eso estás quieto; mudas las obras, y no mudas el consejo; recibes lo que hallas, y no pierdes nada; nunca pobre, y huelgas con la ganancia; nunca avaro, y pides usuras; dante algo para que tú debas, y ¿quién, Señor, tiene cosa que no sea tuya? Pagas lo que debes, y á nadie debes; y perdonas las deudas, sin por eso perder nada. Y el mismo Sancto en otra meditacion dice así (e): Confieso, Señor, que vos sois rey y universal señor de cielos y tierra. Vos sois perfecto sin deformidad, grande sin cuantidad, bueno sin cualidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, y verdadero sin falsedad. Vos estáis en todo lugar presente sin ocupar lugar, y estáis dentro de todas las cosas sin estar fijo en alguna dellas. Criastes todas las cosas sin necesidad, y todas las regis sin trabajo. De todas sois principio sin tener vos principio, y todas las mudais sin ser vos mudado. Sois infinito en la grandeza, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, secretísimo en los pensamientos, verdadero en las palabras, sancto en las obras, copioso en las misericordias, pacientísimo con los pecadores, y clementísimo con los penitentes. Siempre sois el mismo sin alguna mudanza, eterno, inmortal, incommutable, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad dellos estrecha; á quien ni la voluntad muda, ni la necesidad corrompe, ni la tristeza turba, ni el alegría altera; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las venideras suceden; á quien ni el origen dió principio, ni la sucesion de los tiempos crecimiento, ni el término dará

(c) Eccles. 39. (d) August. in Medit. cap. 29. tom. 9. (e) Cap. 12.

fin. Y así vivis ántes de los siglos, y en los siglos, y después de los siglos, con perpetua alabanza, eterna gloria y reino sin fin. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin, aprendidas en la escuela de la Iglesia cristiana, en las cuales se ve cuán magníficamente siente ella de las grandezas de Dios.

No así los filósofos, no así: de los cuales unos le quitaron la providencia de las cosas humanas (f); otros la libertad, pareciéndoles que era agente natural y que no podia dejar de hacer lo que hacia; otros el ser principio y hacedor de las cosas corporales; otros no querian que fuese uno solo, sino muchos dioses. Y quitada la providencia quitaban el galardón de los buenos y el castigo de los malos; y esta quitada, tambien quitaban la religion y el culto de Dios; y negado esto, era luego pervertida toda la órden y concierto de la vida humana. La cual confesó Tulio (aunque gentil) por estas palabras (g): Quitada la religion y reverencia de los dioses, juntamente se quita con ella la fe y la compañía del género humano, y una excelentísima virtud, que es la justicia. La razon desto da en el tercero libro de los officios, diciendo: ¿Cuántos hombres se hallarán, que no recibiendo castigo de Dios dejen de hacer á otro injuria, cuando entendieren que la pueden hacer á su salvo? Concluyendo pues esta parte, digo, que cuanto toca al reconocimiento y estima que se debe á aquella inmensa Majestad, no es posible tenerse mayor de lo que la religion cristiana profesa y tiene.

## CAPITULO V.

De la tercera excelencia de la religion cristiana, que es la rectitud y sanctidad de las leyes, y de la doctrina que profesa.

La tercera cosa que ha de tener la perfecta religion es la rectitud y sanctidad de las leyes y doctrina que profesa, sin consentir cosa contraria á la lumbré de la razon. Esto guarda la religion cristiana con tanta perfeccion, que no es posible imaginarse otra mayor. Porque primeramente no admite cosa contraria, ni á la lumbré de la razon, como dijimos, ni á la gloria de Dios, ni al bien del prójimo. En la ley antigua, como no habia tanta abundancia de gracia, permitia la ley algunas larguezas. Porque primeramente dispensaba con ellos tener muchas mujeres. Y permitiales dar libello de repudio á la que les descontentase; porque por la mala voluntad ó descontentamiento que della tuviesen no le procurasen la muerte. Permitiales tambien dar su dinero á logro á los extraños; mas la religion cristiana nada desto consiente, ni otra cosa alguna que sea contra la lumbré y ley natural, que Dios imprimió en nuestros entendimientos (a).

Mádanos amar á Dios sobre todo lo que se puede amar, y aborrecer al pecado y ofensa de su Majestad, sobre todo lo que se puede aborrecer. Al prójimo manda amar como á sí mismo, y no querer para él lo que no quiere para sí: gozarse de sus bienes, pesarle de sus males, y socorrerle en sus necesidades, como él querria ser socorrido. Defiende todo género de agravio, todo hurto, toda mentira, todo engaño, toda falsedad y toda deshonestidad, y toda injuria, y todo género de pecado cometido no solo por obra sino tambien por pensamiento. De modo que ata las manos para no hacer mal á nadie, y enfrena el corazon para no desealarlo; rige la len-

(f) Contra quos August. in Psalm. 51. enarr. 2. prop. fin. tom. 8. It. lib. 6. de Civit. Dei. (g) Cic. lib. 1. de Nat. Deor. (a) Psalm. 4.

gua para no hablar palabra en perjuicio de nadie, y cierra los ojos para no cobdiciar cosa de nadie.

Demas de las leyes y mandamientos que caen debajo de precepto, y obligan á todos y bastan para la salvacion de las ánimas, enseña tambien esta santísima religion consejos admirables para los que quieren caminar á la perfeccion, y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

I. Entre los cuales el primero es de perpetua castidad: que es una celestial virtud, y propia de los moradores del cielo; por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias y cuidados, y congojas y desasosiegos que están annexos al estado del matrimonio, y son impedimento de la perfeccion. De modo que el hombre casto no tiene mas que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo; mas siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de mujer, hijos y hijas; cuyas enfermedades, necesidades, muertes y desastres no siente menos que los suyos propios. Lo cual en pocas palabras alegadas por Sant Augustin (b) declaró aquel cómico, diciendo: Caséme, y tomé mujer, ¿qué género de miserias no experimenté en este estado? Nascieron hijos: veis aquí otro nuevo cuidado. Pues de todas estas molestias y cargas, que llaman del matrimonio, está libre el que vive fuera dél; y así está mas hábil y desembarazado para entregarse todo á Dios, y al estudio de la sabiduría, y al ejercicio de la oracion y consideracion de las cosas divinas, como dice el Apóstol (c).

II. El segundo consejo no ménos saludable es el que el Salvador dió á un virtuoso mancebo, diciendo (d): Si quieres ser perfecto, vé y vende toda tu hacienda y repártela con los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo. Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados, y negocios y pleitos que comunmente son necesarios para administrar la hacienda, (que es para conservarla, acrecentarla, defenderla) que los primeros fieles de Hierusalem (e), y tambien los que moraban fuera de la ciudad de Alejandría, par del lago llamado Marian (segun refiere Philon, nobilísimo historiador), la primera cosa que hacian era desposeerse de todas sus haciendas, y con ellas de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplacion, y de las sanctas Escrituras.

III. El tercero consejo es, hacer bien á los que nos hacen mal, y rogar á Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que desta manera seamos hijos de nuestro Padre celestial (f), el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. En esta virtud quiere Dios que le imitemos; porque es propria condicion suya usar de misericordia con los pecadores, no solo comunicándoles estos comunes beneficios de naturaleza, sino tambien sufriendolos con paciencia, y esperándolos á penitencia, y provocándolos á ella, ya con beneficios, ya con azotes, y de otras muchas maneras. Pues en esta grandeza de ánimo quiere este Señor que le imitemos, y que provocados con injurias no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni demos maldiciones por maldiciones, ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contencion y porfia con nuestros contrarios: que cuanto ellos mas perseveraren en hacernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hacerles beneficios; porque no sea-

(b) August. de Civit. Dei, lib. 19. cap. 5. (c) 1. Cor. 7. (d) Matth. 19. (e) Act. 2. (f) Matth. 5.

mos vencidos con el mal ajeno, sino quedemos vencedores con el beneficio propio, que es muy gloriosa victoria; porque desta manera juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos (g), para hacerlos amigos.

IV. Semejante consejo al pasado es no traer pleitos, sino antes dejar la capa á quien nos pidiere el sayo, por excusar con esta liberalidad todos los odios y pasiones, y cuidados y desasosiegos que traen consigo los pleitos.

V. Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazon, que es perdonar las injurias; de modo que si setenta veces errare el prójimo contra mí (h), tantas me halle manso y blando para le perdonar.

### §. I.

De la limosna y misericordia.

VI. Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no solo en los casos que son de precepto, sino tambien fuera dellos. Lo cual es tan propio de la vida cristiana, que cuasi toda la doctrina que nos dió aquel maestro que vino del cielo, se endereza á los oficios de la benignidad y misericordia. Y apenas hay virtud que mas veces nos encomiende, ni vicio que mas agramente reprehenda, que la inhumanidad y crueldad. Lo cual es en tanto grado verdad, que declarando las causas por las cuales en aquel temeroso dia del juicio ha de dar sentencia final en favor de los buenos y castigo de los malos, no señala otras causas, sino las obras de misericordia de los buenos (i), y la inhumanidad y falta dellas en los malos; añadiendo á esta sentencia, que lo que se hizo á cada uno de los pobres, se hizo á él, y lo que no se hizo con ellos, se dejó de hacer á él. Esto dice él así, no porque no se deba galardón á las otras obras virtuosas y castigo á las viciosas, sino para dar á entender cuánto aborrece el pecado de la inhumanidad, y cuánto ama la virtud de la misericordia, que es tan propia suya; pues ella es la que va delante de todas sus obras; porque es cosa muy propia de Dios apiadarse de los miserables (k), socorrer los afligidos, usar de misericordia con los maltratados, y ayudar á muchos, y generalmente procurar el bien de todos. Y apenas hay medicina mas eficaz para curar las enfermedades del ánima, ni medio mas proporcionado para alcanzar la misericordia de Dios; pues él tiene dicho (l): Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Y por el contrario dice Sanetiago (m), que se hará juicio sin misericordia al que no hubiere usado della. Por lo cual los amadores de la perfeccion de la vida cristiana, todo su estudio ponen en esta obra, y todo lo que tienen emplean en ella. Los cristianos de la vida comun no se alargan mucho en esta virtud: contentanse con dar de lo que les sobra, ó cuando dan á sus deudos ó amigos, ó á aquellos de quien esperan retorno del bien que hacen. Mas los amadores de la perfeccion, de lo necesario para sí parten con los pobres, y á aquellos dan de mejor voluntad de quien, por su gran pobreza y desamparo, ninguna cosa pueden esperar. Finalmente algunos santos ha habido, que leyendo en las Escrituras las excelencias desta virtud, vinieron á estimarla y á amarla tanto (n), que cuando no tuvieron que dar, quisieron vender á sí mismos, para socorrer á los necesitados con el precio de su libertad. Pues ¿cuán excelente es la religion que da un consejo tan piadoso, tan provecho-

(g) Rom. 12. Matth. 5. (h) Matth. 18. (i) Matth. 23.

(k) Psalm. 144. (l) Matth. 5. (m) Jacobi 2.

(n) S. Paulinus Nolanus. S. P. Dominicus.

so, y tan necesario para la vida humana, y para el remedio de las continuas miserias della?

### §. II.

Consejo utilísimo de la frecuencia de la oracion.

VII. Otro consejo muy propio de la vida cristiana (del cual apenas hallamos rastro en la doctrina de los filósofos) es la frecuencia y continuacion de la oracion, la cual tantas veces nos es encomendada, así en el sancto Evangelio como en las sagradas Epístolas. Sant Pablo quiere que los hombres hagan oracion en todo lugar (o), levantando las manos puras á Dios. Y entre las armas que nos da para defendernos del enemigo, una de las mas principales es orar siempre en espíritu. Asimismo el Salvador nos dice (p), que conviene orar sin cesar. Y para persuadirnos esto nos pone tres singulares ejemplos: uno del padre carnal, que como tal no negará al hijo lo que pidiere para su necesidad; otro del amigo (q), que por importunidad de las voces del amigo se levantó de la cama y le dió todo lo que le pedia; y otro admirable ejemplo trae del mal juez, que ni temia á Dios ni á los hombres (r), y con todo esto, por ser muchas veces importunado de una pobre vieja, hizo cuanto le pedia. Pues con este tal juez tuvo por bien compararse aquella inmensa bondad para vencer nuestra desconfianza, diciendo, que si aquel con ser tan malo, por ser importunado no pudo negar lo que se le pedia, ¿cuánto ménos lo negará aquella infinita bondad, si fuere con humildes y devotas oraciones importunada? De donde se infiere un motivo de gran consolacion y confianza, el cual es, que tiene grande voluntad de dar, quien con tantas palabras y ejemplos nos manda pedir.

Deste ejercicio sabian poco y escribieron ménos los filósofos. Porque como ellos, segun dijimos, esperaban alcanzar la felicidad y bienaventuranza, y los medios que para ella eran necesarios, por sus fuerzas naturales (como dijeron despues dellos los herejes pelagianos (s)), no tenian porque levantar los ojos al cielo y pedir el favor y socorro de la divina gracia. Mas el cristiano, conociendo por la fe la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel comun pecado, y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal, y tan inhábil para el bien, que no puede por sí tener un pensamiento que agrade á Dios, todo su estudio pone en dar continuas voces á su Criador para que cure las dolencias y pasiones de su ánima, y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus sanctos mandamientos, diciendo con el Profeta (t): Levanté mis ojos á los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar (v): Mis ojos, dice él, tengo siempre puestos en el Señor, porque él librárá mis piés de los lazos.

Este fué el principal ejercicio de aquellos primeros fieles que creyeron en Hierusalem: de quien escribe Sant Lucas (x), que cada dia perseveraban en oracion en el templo. Este mismo ejemplo siguieron los que despues le sucedieron, como lo escribió aun Plinio segundo al emperador Trajano, diciendo que no hallaba otra culpa en los cristianos, sino juntarse muy de mañana á alabar á Cristo, á quien tenian por Dios. Este finalmente ha sido hasta hoy el ejercicio muy frecuen-

(o) Ephes. 6. Colos. 4. 1. Thess. 5. (p) Luc. 18. (q) Idem. 11. (r) Idem. 18. (s) Contra quos August. de Hæresibus ad Quodvultdeum, hæres. 88. tom. 6. (t) Psalm. 120. (v) Psalm. 24. (x) Act. 2.

tado de todos los amadores de la perfeccion; al cual los mueven dos causas entre otras muchas: la una porque no hallan otro mejor medio para huir de sí, que llegarse á Dios, porque en cuanto están en él, no están en sí, pues dice el Apóstol (y) que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él; y lo otro, por estar pidiendo muy continuamente socorro á Dios, para que puedan obrar con el favor de su gracia, lo que no puede por sí la naturaleza corrupta. Conforme á esto, el glorioso Augustino, hablando con Dios en una de sus meditaciones, dice estas devotísimas palabras (z): En tí, Señor, piense yo de dia, en tí sueñe durmiendo de noche, contigo hable mi espíritu, contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra buscan, y ninguna otra saben pensar sino á tí. Dichosos aquellos (a) que toda su esperanza tienen puesta en tí, y toda su vida es una continua oracion. Hasta aquí son palabras de Augustino. Por esta causa el apóstol Sant Pedro entre otros títulos muy honrosos que da al pueblo cristiano, uno dellos es llamarle sacerdocio real (b). Porque así como el oficio de los sacerdotes es ocuparse en oraciones y alabanzas divinas, así quiere él que el cristiano segun la disposicion y cualidad de su estado, ejercite este mismo oficio.

De lo dicho se colige, que la vida cristiana cuando es perfecta, es toda celestial y divina. Lo primero, porque esta manera de vida fué enseñada por Dios, como arriba dijimos. Lo segundo porque su principal estudio y ejercicio es tratar y conversar con Dios, pensando en las maravillas de sus obras y beneficios. Lo tercero, porque todo lo que el tal cristiano hace, endereza á sola la gloria de Dios. Lo cuarto y muy principal, porque esta manera de vida no se vive con solas fuerzas humanas, sino con el favor y socorro de la divina gracia, y con la asistencia del Espíritu Sancto. Y por esto uno de los principales oficios del cristiano es pedir este favor y socorro para el ejercicio de las virtudes, como el real Profeta lo pide á cada paso en sus Salmos. Y así dice en uno dellos (c): Dame, Señor, entendimiento, y escudriñaré lo que mandas en tu ley; y guardarla he con todo mi corazon. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque este es mi deseo. Inclina mi corazon á la guarda de tus mandamientos, y no á la avaricia. Cierra mis ojos para que no vean la vanidad, y esfuérmame en tu camino. Desta manera el sancto varon conociendo su flaqueza pide particular favor de Dios para vivir esta vida. Y sobre todas estas cosas, así como esta vida es sobrenatural y celestial, así tambien lo es el galardón que en la otra se le promete, que es la vision gloriosa y beatífica del summo bien. En lo cual se ve cómo esta manera de vida por todas partes es celestial y divina. De lo cual todo estuvieron ayunos los filósofos, cuyas virtudes y felicidad estribaba en solas fuerzas humanas. Pues segun esto, ¿qué cosa se podrá hallar mas excelente, mas alta y mas divina, que la religion cristiana, que tal manera de vida nos enseña y tales consejos nos da?

### CAPITULO VI.

De la quarta excelencia de la religion cristiana, que es sola ella tener sacramentos que den gracia.

La quarta excelencia, que es propia de la religion cristiana es, que sola ella tiene sacramentos que dan

(y) 1. Cor. 6. (z) Aug. in Medit. cap. 33. in princ. (a) Cap. 37. prop. fin. (b) 1. Petr. 2. (c) Psalm. 118.

gracia. Para lo cual conviene presuponer aquí la comun dolencia, que la naturaleza humana (como ya dijimos) padesce por el pecado. La cual es tan grande, y tan universal, que con ningun género de palabras se puede explicar. Basta para entender algo della tender los ojos por todo el universo mundo, y ver de la manera que viven los hombres. Porque siendo el hombre criatura racional, y siendo la cosa mas natural y mas propia dél, vivir á ley de razon (que es vivir conforme á virtud), vemos cuán poquitos hombres, aun entre cristianos, vivan conforme á esta ley, y cuán innumerables sean los que despreciada esta ley, se rijan por sus apetitos, que es propio de bestias. La causa desto es, haberse perdido por el pecado la orden y concierto con que Dios crió al hombre: la cual consistia en una perfecta subjeccion de nuestro apetito á la razon, como cosa ménos perfecta á la mas perfecta. Pues perdido este concierto, quedó nuestro apetito tan rebelde, tan furioso y tan inclinado á todos sus gustos y provechos, que lleva todo el hombre tras sí. Y aunque el hombre tenga entendimiento y voluntad, que son potencias espirituales (y así contradicen á los deseos viciosos y sensuales), mas es tan grande la fuerza y violencia deste apetito, que así como el primer cielo arrebató todos los otros cielos inferiores, y los lleva tras sí aunque ellos tengan otros movimientos contrarios: así el apetito de nuestra carne (si no es enfrenado con la gracia divina) toda esta máquina del hombre interior lleva tras sí, de tal manera, que la misma razon que le habia de contrastar se pasa á su bando, empleando todos sus filos y aceros en buscar y granjear por mil invenciones y artes todo lo que pertenece al gusto, y provecho, y contentamiento del apetito de su carne, haciéndose sierva de su esclava habiendo de ser señora.

### §. I.

Ineficacia del conocimiento de la ley para obrar la virtud.

Es pues agora de saber, que esta tan grave dolencia no se cura con sola la doctrina de la virtud; porque no pecan comunmente los hombres por la ignorancia del bien ó del mal, sino por la desorden de su apetito. Por donde dijo un sabio: Veo lo mejor, y apruébolo; y con todo eso sigo lo peor. Y otro asimismo dijo: La virtud es alabada, mas con todo eso no hay quien la siga. Lo cual es en tanto grado verdad, que la misma ley de Dios dada en el monte Sinai con tanta majestad, y con tan grande espanto, y sobre todo esto con tan magníficas promesas para los guardadores della, y tan terribles amenazas para los quebrantadores, fué tan poca parte para reformar las costumbres de aquel pueblo á quien se dió, que de doce tribus que eran, los diez se apartaron despues de la muerte de Salomon del culto de Dios, y se entregaron al de los ídolos, y perseveraron en esto muchos años, hasta que fueron desamparados de Dios, y destruidos y llevados cautivos á diversas tierras; y los dos que quedaban, no escarmentando en cabeza ajena, siguieron los mismos pasos de los otros, y por esto fueron llevados cautivos como ellos. La razon desto es, porque la ley escripta no hace mas que alumbrar el entendimiento para conocer el bien y el mal; pero ni me da amor de ese bien, ni aborrecimiento de ese mal. Alumbrá mi entendimiento, mas no sana mi apetito. La dolencia está en una parte, mas la ley, que es la medicina, está en otra. La ley enséñame el camino del cielo, mas no me da fuerzas para andarlo. Póneme el man-